

DISCURSO DE CEREMONIA DE APERTURA DEL AÑO ACADÉMICO

PRONUNCIADO POR EL RECTOR ANTONIO ABRUÑA PUYOL

(abril-mayo 2023)

Estimados, miembros del Consejo Académico, del Consejo Superior, de los consejos académicos de cada facultad, profesores, empleados de la Universidad de Piura, padres, graduados de pregrado y posgrado, estudiantes y miembros todos de la gran comunidad universitaria que compone la Universidad de Piura.

Agradezco al doctor José Ricardo Stok por su excelente lección inaugural.

Hoy ha sido la lección inaugural; pero, él lleva dándonos lecciones durante muchos años. Se trata de uno de aquellos profesores de la segunda hora, profesores que han sido capaces de mantener firme el impulso inicial de los primeros, tanto en las aulas como en cargos directivos. En todos los ámbitos académicos, y también en el mundo de la empresa, ha mostrado los caminos a seguir para, desde la empresa, generar impacto en la búsqueda responsable del bien común y la solidaridad.

Muchas gracias, José Ricardo, por los servicios que has prestado y sigues prestando a la universidad.

Acabamos de imponer las insignias académicas a un buen grupo de estudiantes de nuestra universidad, para quienes el grado o el título obtenido es una recompensa merecida a su esfuerzo y dedicación. En nombre de la universidad y en el mío propio, les expreso mis más sinceras felicitaciones por el objetivo alcanzado; y, las hago extensivas a sus familias, sin cuya ayuda, como todos sabemos, ello no hubiera sido posible. Esperamos mucho de ustedes y sabemos que corresponderán con creces a esta expectativa.

Viendo cómo se han desarrollado los acontecimientos desde el pasado año, me parece que entonces pecamos, al menos yo, de ingenuidad. El año pasado, celebramos el inicio del año académico dando por sentado que ya habíamos superado los embates de la pandemia.

Sin embargo, con el inicio de año vinieron sobre nosotros las consecuencias reales de dos años de enseñanza a distancia e hicieron de nuestra labor docente un trabajo arduo. Dimos por sentadas muchas cosas. Pensamos en la enseñanza remota, en los dos años de pandemia, como un paréntesis solo a la presencialidad, y durante todo el año pasado hemos ido descubriendo que la vuelta a la normalidad no ha consistido en regresar a la situación anterior como si nada hubiera sucedido. Regresar a las oficinas, a las aulas, al campus, ha supuesto un esfuerzo de apertura al trato cotidiano con los demás, de pensar en las necesidades ajenas como en las propias y en recuperar hábitos de presencialidad que nos parecían ya plenamente asumidos y que habían desaparecido.

Aprovecho, por tanto, para agradecer a todo nuestro personal y a nuestros alumnos el esfuerzo desarrollado en este año pasado.

Tras dos años de ausencia física, el 2022 redescubrimos que, para *ser* también hay que *estar*. Que para ser profesores y estudiantes debemos compartir también los espacios físicos, en las aulas, en la biblioteca, en las veredas del campus y hasta en las cafeterías.

Hay también lecciones positivas que, sin caer en la ingenuidad, podemos extraer. Tras dos años de docencia remota, nos hemos habituado al manejo de plataformas virtuales muy útiles. Eso ha permitido, por ejemplo, que hayamos podido dar respuesta pronta y, espero que certera, a la situación que muchas familias y muchos de nosotros hemos atravesado en las últimas semanas, desde el comienzo mismo de las clases el veinte de marzo.

En todo momento hemos procurado ser universidad sin dejar a nadie atrás, permitiendo la asistencia a las clases en modo virtual o también el visionado de las sesiones de manera asíncrona; y, asistiendo en la medida de nuestras posibilidades con motobombas para la extracción de agua en viviendas y vecindarios o repartiendo la ayuda de alimentos.

Si de la pandemia aprendimos que para *ser* hay que *estar*, en estas lluvias hemos descubierto que para *estar* en el presente de nuestros y nuestras estudiantes y sus familias, también hay que *ser* solidarios, empáticos, generosos, comprensivos, abiertos, atentos a las necesidades de los demás.

He señalado que quizá pecamos de ingenuos cuando pensábamos el año pasado, que regresar a la presencialidad resultaría tan rápido y sencillo como volver a las oficinas, al aula o a la biblioteca. No pecaremos de ingenuos, en cambio, si reconocemos que vienen vientos de cambio pues, sin duda, ya no somos los mismos.

En lo institucional, también la Universidad de Piura, como toda universidad seria, debe dar respuesta a los cambios que se dan en los organismos oficiales que fijan las reglas del ámbito universitario en el país, como, por ejemplo, los últimos operados en la Sunedu.

Como en cualquier otro ámbito de la vida, es bueno y preferible que todos sepamos bajo qué reglas debemos funcionar. Los lineamientos deben ser los adecuados y debemos preocuparnos si no lo son; pero, por nuestra parte, debemos entenderlos siempre como una pauta, que nos sirva para seguir buscando la excelencia, desarrollando nuestra capacidad de evaluarnos a nosotros mismos, de saber en cada momento qué tan bien lo estamos haciendo y cómo podemos hacerlo mejor.

Si esto es válido en cualquier contexto, lo es aún más para nosotros, enfocados en la búsqueda de la verdad, no para dejarla escondida en un cajón, sino para difundirla, consiguiendo siempre que cada vez más estudiantes y más profesores se unan en esa búsqueda.

Desde distintos claustros universitarios crece, ante el cada vez mayor peso del aparato burocrático para ponderar la calidad universitaria, una certeza: por más estándares de calidad que se cumplan, una universidad no puede alcanzar la excelencia académica si para ello, a cambio, pierde el alma, el espíritu que iluminó la creación de esa concreta universidad.

Por eso, cada proceso de mejora debe contribuir también a que ese espíritu universitario se haga cada vez más presente al servicio de la sociedad. Ese es, sin duda, uno de los

principales valores de una universidad: ser motor que capacita para transformar la sociedad a mejor.

No se construye, ni mucho menos se transforma una sociedad democrática con mediocridad, negligencia o indiferencia. Ante los problemas actuales, ante la cleptocracia instalada en tantos gobiernos, en donde tantas veces se confunde y mezcla lo público con lo privado, ese modo de hacer no puede ser la respuesta.

Decía Hanna Arendt, pensando en la falta de respuesta de la sociedad alemana en los albores de la II Guerra Mundial: “La triste verdad es que la mayor parte del mal lo hacen personas que nunca se deciden si ser buenas o ser malas”.

Nuestra respuesta debe ser otra, porque nos jugamos, por ejemplo, las calles anegadas, los caños sin agua corriente durante semanas enteras, las carreteras rotas que acentúan nuestra incomunicación y que ponen en riesgo la salud.

La universidad debe formar personas en la excelencia; excelentes ciudadanos con vocación de cambio a mejor; que sepan qué decisiones tomar y con qué finalidad. La universidad, pienso, no debe hacer política, pero de ella deben manar las ideas para que una buena política sea posible.

Históricamente, muchas de las grandes universidades del mundo —Bolonia, Oxford, Cambridge, Salamanca, Harvard— han crecido fuera de los centros de poder, porque las comunidades universitarias existen para hacer posible la deliberación y el diálogo serenos. Precisamente, por fortuna, una de las características de la comunidad académica en una sociedad democrática, que ha costado mucho conquistar y que se encuentra en una situación vulnerable, es el pluralismo político y ético, propio de sociedades empeñadas en anular los totalitarismos. Con ese talante, la universidad demuestra que no hay una sola vía para alcanzar la verdad, sino que es la verdad la única vía para lograr después cualquier propósito que sirva al bien común.

Nos encontramos en una universidad fundada por un santo, y como él mismo nos dice en *Forja*, por nuestra condición de cristianos no podemos “vivir de espaldas a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de [nuestros] hermanos los hombres” (San Josemaría, *Forja* 453). Por eso, nuestros estudiantes y profesores, nuestros egresados, todos nosotros, tenemos -vuelvo a citar- “el deber de actuar, de no [abstenernos], de prestar

[nuestra] propia colaboración para servir con lealtad, y con libertad personal, al bien común” (San Josemaría, Forja 714).

En el año 2019, recién cumplidos los 50 años, diseñamos nuestro plan estratégico para el siguiente quinquenio. Las circunstancias, por todos conocidas, nos obligaron a ralentizar los trabajos para la ejecución de las distintas acciones.

Son muchas las metas a alcanzar, con la mira puesta en seguir siendo motor de cambio a mejor, fuera del campus; cambio que sobre todo supone mejorar la calidad de vida de las personas. Nos hemos propuesto, por ejemplo, enfatizar el trato personalizado como elemento distintivo de nuestra universidad, dar a conocer más nuestro ideario e integrar la vocación humanística de nuestra universidad con los planes de estudio de nuestras carreras.

Para ello, habremos de asegurar también el desarrollo material de nuestra universidad, priorizando inversiones que favorezcan la mejora de nuestros campus y el desarrollo patrimonial de nuestro campus de Piura.

Queremos que todos vean su universidad con orgullo, y que con orgullo piensen en ella como un motor de desarrollo de la región y del país. Un desarrollo que esté en lo más profundo, impregnado de nuestra concepción humanista de la educación y del trabajo, un desarrollo que permita el crecimiento honesto de nuestras ciudades y familias, a través de nuestra participación libre y comprometida por la verdad y la búsqueda del bien común.

Comenzamos, pues, un nuevo año en el que vislumbramos nuevas incertidumbres que afrontar -El Niño, el dengue, la reconstrucción, en fin - y, también, muchos objetivos por cumplir; Dios quiera que en las que les corresponden nuestras autoridades sepan liderarlas y alentar el trabajo de todos. Señor gobernador, señor prefecto, señores alcaldes, como siempre, en lo que esté de nuestra mano y dentro de nuestras posibilidades, pueden contar con nuestro concurso. Y, Dios quiera también, que sepamos afrontar los desafíos con la alegría y esperanza del que asume un reto que nos

mejorará como personas y profesionales y será de mucho provecho para nuestro querido país.

Muchas gracias a todos. Renuevo mis sinceras felicitaciones a los graduados y a sus familias y declaro inaugurado el año académico 2023.